

WARHAMMER  
40,000

**DAN ABNETT**

# FANTASMAS DE GAUNT

**LA ESTRELLA DE HIERRO**



Lectulandia

Parecía que el Coronel Comisario Gaunt debe librar una batalla a vida o muerte en una zona de guerra desconocida.

**Lectulandia**

Dan Abnett

# **La Estrella de Hierro**

**Warhammer 40000. Los Fantasmas de Gaunt.  
Los olvidados 5**

ePub r1.0  
epublector 26.08.13



Título original: *The iron star*

Dan Abnett, 2008

Traducción: pinefil, 2012

Editor digital: epublector

ePub base r1.0

Traducción no oficial

Contiene fuentes incrustadas, siendo necesario en algunos lectores o programas, la activación para visualizarlas.

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



UNO

Bajo una estrella de color del hierro en un cielo de color de la carne cruda, los Fantasmas de Tanith iniciaron su avance leal pero cansado hacia...

—¡Fetch! ¿Cómo se llama este sitio? —pensando un momento. El puente de algún lugar. Estaba seguro que el nombre vendría de nuevo a él. Buscó en su mapa, pero sus ojos estaban cansados y no pudo encontrarlo.

Era un puente de todos modos. Otro puente. Otro objetivo de feth. Este puente en particular se encontraba en el extremo occidental de... de... la llanura, de un mundo llamado... ¿que feth le preocupaba como se llamaba!

A decir verdad, desde luego, no le preocupaba, solamente era otro mundo y otra batalla.

A los Fantasmas tampoco les importaba. Simplemente avanzaban con resignación y cansado, muy cansado, cansados pero lealmente, sin importar el esfuerzo.

Estaban muy cansados, pero no cometieron ningún error. Marcharon juntos por el barro, bajo la bóveda de carne cruda, con las cabezas bajas, corazones hundidos, cojeando como sus espíritus; solos en la vida y solos en la muerte.

En la distancia, a través del fango, las figuras negras se reunieron para verlos.

Durante la larga Cruzada, los regimientos de la guardia podían permanecer en primera línea del frente durante años sin ser relevados. Tal es el tamaño del imperio, que podía perderse años simplemente haciendo cola para embarcar en las naves de transporte para transportarlos de un mundo a otro.

Los Fantasmas de Tanith habían estado en primera línea desplegados durante décadas, sin rotación, desde el día en que su mundo natal había sido destruido en un soplo caliente de dispersión de la luz.

Hacia peticiones para que su regimiento fuera trasladado a la reserva. Cada vez era más insistente con el tema. La frase “leales pero cansados” aparecía en cada una de sus peticiones al Alto Mando. Por la noche, bajo la lona con el hedor del barro de una trinchera o bajo el calor del mediodía en un descanso en una carretera, trabajo duro para conseguir que el tono de sus peticiones, no pareciese que estaba mendigando favores, que los Fantasmas no pareciesen cobardes, pero habían sido empujados duramente durante demasiado tiempo. Anhelaban ser relevados y descansar. Estaban tan cansados.

Él sabía que se lo merecían.

Su rostro estaba más estirado y demacrado que nunca. En estos días caminaba con una cojera a causa de sus huesos doloridos. Cuando se lavaba, en esas pocas y preciosas ocasiones que el agua fluía a través del bloque de duchas del campamento, se situaba bajo el grifo oxidado, en una lastimosa limpieza de piojos y suciedad. Se encontró mirando su cuerpo, vio las huellas de tantas viejas heridas que había perdido el rastro de sus orígenes. ¿Esto? ¿Dónde la había conseguido? ¿Fortis Binario? ¿Y esta vieja cicatriz? ¿Donde la había conseguido? ¿Monthax? ¿Aexe Cardenal?

¿Bervunhive?

Ya no parecía importarle. En estos días, a menudo era una lucha solo para recordar donde estaba.

—¿Estamos todavía en ...Thingumajig? —había preguntado a su ayudante esta mañana mientras se afeitaba.

Su ayudante, cuyo nombre no estaba seguro recordad, se había sorprendido con la pregunta.

—¿Thingumajig? Oh... si. Si creo que si, señor —respondió el ayudante.

Los nombres realmente ya no tenía ninguna importancia. Cada uno de ellos solo era un lugar para llegar y salir una vez que el trabajo estuviera realizado. Ya no se preocupaba por los nombres, solo se concentraba en su trabajo, leal pero cansado, cansado pero leal.

A veces, estaba tan cansado que incluso olvidaba su propio nombre.

Dejo su vieja navaja en un cuenco mellado, lavándola de la espuma y residuos de la barba. Miraba su reflejo en el espejo de afeitarse agrietado. A pesar de los desperfectos del espejo pudo reconocer su cara.

Ibram Gaunt. Eso era todo. Ibram Gaunt.

Por supuesto que lo recordaba.



DOS

Esta noche, le dolían los ojos mientras estaba trabajando en su último despacho pidiendo su paso a la reserva por culpa del resplandor de la lámpara durante la noche. Por el día la culpa era por la radiación del sol, cuyo nombre era Estrella de Hierro. Le dolían cuando miró al otro lado del pantano para mirar a las figuras negras que se reunían para observarlos.

La Estrella de Hierro era horrible. Palpitaba en el cielo como un lingote fundido enfriándose. El cielo parecía mármol moteado rojo y negro, como carne colgando. El latido de la estrella producían dolor de cabeza y dañaban sus ojos. A veces, cuando se limpiaba las lagrimas de su rostro, sus dedos se teñían de rojo.



TRES

Un explorador llegó corriendo por el camino embarrado. El camino estaba tan embarrado que era intransitable para los vehículos. El fantasma del lodo le llegó hasta las rodillas. Y lo extraño era que no había llovido, ni una gota desde el desembarco planetario, que fuese a saber cuando fue, ya que no podía recordarlo.

Cuando se escarbaba, se corría el riesgo de golpear el blindaje de alguna torreta de los tanques que habían sido succionados por el lodo o exponer viejos cadáveres pálidos y putrefactos.

—Hay demasiado lodo —dijo observando al explorador que se acercaba—. Tanto barro, pero sin lluvia. ¿Cómo puede ser posible?

—¿Sabes donde estas Ibram? —le preguntó Curth.

—No —contestó Ibram con una sonrisa—. Es la más terrible confesión que un oficial podía hacer ¿no?

Ella también sonrió.

—Dadas las circunstancias te perdono el lapso, Ibram.

—Bueno —dijo, asintiendo con la cabeza—. Entonces ¿dónde estamos? —agregó—. ¿Me lo recuerdas?

Ella se inclinó y le susurró en el oído.



CUATRO

El explorador llegó a la trinchera a través del camino enfangado. Era Leyr. No, Bonin. No, era Leyr.

—Diez unidades —informó Leyr—. Están atrincherados detrás de ese grupo de árboles, a la izquierda del puente.

—Bueno tenemos que cruzar el puente —dijo Gaunt.

—Por supuesto que tenemos —respondió Curth.

—Realmente no es el momento para un dictamen médico —dijo Gaunt.

—Lo siento —dijo con un guiño respetuoso con la cabeza. Se apartó para dejar que algunos de los oficiales se acercaran a Gaunt.

—El puente es vital —dijo el mayor Baskevyl.

—Estoy de acuerdo —dijo el capitán Daur.

—No existe ninguna duda al respecto —asintieron los capitanes Arcuda y Obel.

—Absolutamente vital —coincidió el comisario Hark—. Tenemos que atravesarlo  
o...

—¿O qué? —preguntó el subcomisario Nahum Luud, el joven parecía nervioso. Miró de reojo a Hark. El comisario Victor Hark fulminó con la mirada a Luud.

—Intenta mantener el ritmo, Luud —dijo entre dientes—. Tenemos que cruzar el puente antes de que alguien muera.

—¡Oh! —dijo Luud—. ¡Oh, claro!

—Otras diez unidades —dijo Curth.

—¿Diez unidades? —preguntó Gaunt—. ¿Estas seguro Leyr?

—Diez unidades, estoy seguro —contestó Leyr.

—Realmente tenemos que terminar esta operación —dijo el viejo doctor Dorden. Gaunt asintió.

—Por supuesto que hacemos —dijo Gaunt—. Quiero la operación terminada para el anochecer. Diez, solo diez ¿Qué estamos esperando? ¿Fuerzas regulares o qué? ¿Diez unidades de qué?

—¡Sangre, señor! —contestó Leyr.

—¿Pacto sangriento?

—Sí, señor.

—Bien son duros adversarios —dijo Gaunt—. ¿Es posible echar una vistazo?

Se apresuro por el lodo detrás de Leyr. El barro era espeso e impedía atravesarlo con rapidez. Le succionaba las botas, avanzando como si estuviera soñando. Sus talones se hundían en el lodo, apoyándose sobre cráneos, cascos, torretas de blindados y piezas de armaduras ligeras perdidas hace mucho tiempo.

Bonin, Mkoll y Maggs estaban esperándole para cruzar por debajo de una alambrada de espino.

—¿Cómo le va, señor? —preguntó Maggs.

—No hagas preguntas, Maggs —le gruñó Mkoll—. No estamos aquí para hacer

preguntas.

—Lo siento —dijo Maggs.

—Estoy bien, ya que lo preguntas Maggs —dijo Gaunt—. ¿Por qué lo preguntas? Maggs se mostro incomodo.

—Ha sido un largo recorrido —dijo Bonin—. Le veo cansado, señor.

—¿Lo estoy? —respondió Gaunt.

—Solo nos preocupamos por usted, señor —asintió Maggs.

—¿No se me bien? —preguntó Gaunt.

—Tiene lagrimas —respondió Maggs señalándose la mejilla—. Parecen lagrimas de sangre —agregó.

—¡Oh, sigue ocurriendo! —Gaunt chasqueó la lengua, limpiándose la cara—. Es por la Estrella de Hierro. No os preocupéis demasiado. ¿No lo sentéis vosotros tambien?

Los exploradores asintieron.

—Pues, vamos —dijo Gaunt—. Solo estoy aquí para observar. Mostrármelo.



CINCO

—Diez unidades del Pacto Sangriento —dijo Mkoll, pasándole después los prismáticos a Gaunt—. Allí, entre los arboles, a la izquierda del puente.

Gaunt utilizó los prismáticos para observar el puente a través de sus ojos enrojecidos. Los arboles no eran arboles, sino estructura de metal cromado, con ramas delgadas como varillas, en las ramas había como flores blancas luminosas. Flores que brillaban como lámparas. Los supuesto arboles estaban de pie formando una maraña a la largo del banco de lodo y dirigiéndose hacia el puente. Había cuerpos en descomposición flotando en el agua estancada del río. Por un momento Gaunt tuvo miedo de que pudiera reconocer algunos de los cuerpos.

—A la izquierda —informó Mkoll.

Gaunt ajustó su primaticos, observó a las unidades del Pacto Sangriento. Diez unidades, todos en posición. Pudo observar sus cascos de color carmesí y sus horribles mascararas de acero. Y el rojo parecido a la sangre de sus uniformes. Estaban subiendo por la rivera del río, trabajando como hormigas de fuego construyendo plataformas de fuego a lo largo del río para instalar morteros. Podía escuchar el roce y el zumbido de sus herramientas.

—Diez unidades, está bien —dijo Gaunt—. ¿Mkoll?

—¿Si, señor?

—¿Cómo se llama este puente? Lo he olvidado.

Mkoll dudo.

—Es el que... que lleva a otros puentes —señor.

Gaunt se rio.

—Sabe tanto como yo.

Mkoll se rio de nuevo.

—Tantos mundos, tantos objetivos, señor. ¿Qué puedo decir? Permítame comprobar mis mapas.

—Hazlo —dijo Gaunt—. Yo tengo los ojos hechos un feth.

—Es por culpa de la Estrella de Hierro —dijo Leyr.

—Tenemos que sellar esa arteria. Ahora —dijo Curth.

—¿Sellar? —preguntó Gaunt.

—Sí —respondió ella—. Esta arteria, aquí.

—¿Te refieres al río? —preguntó Gaunt.

—Uhm... ¿Qué?

—¿Te refieres al río? —volvió a preguntar Gaunt.

—Por supuesto —dijo—. Es vital expulsar al enemigo y sellarla.

Gaunt asintió.

—Tenemos diez unidades que manejar. Pero estoy de acuerdo. ¿Mkoll?

—¡Oh, podemos gestionarlo, señor! —le aseguró Mkoll.

Gaunt asintió y miro a Curth frunciendo el ceño.

—¿No te había dejado con el equipo médico? —dijo.

Ella se bajó su máscara quirúrgica Y le sonrió.

—Lo hiciste, Ibram, pero ya me conoces —dijo Curth—. Si estamos a punto de sufrir muchas bajas y que estar preparada.

—Buena idea —murmuró Gaunt.



SEIS

El puente que lleva a otros puentes, era un monstruo de hierro sucio. Parecía como si lo hubieran forjado con metal extraído del núcleo de la Estrella de Hierro y se hubiera dejado enfriar. El puente está tensado sobre pivotes siniestros a la largo del río. El puente era tan largo y el río tan amplio que no podían ver el otro extremo. Gaunt se preguntaba si conseguirían atravesarlo. Parecía un largo camino, y él estaba muy cansado. Tenía la sensación que el tiempo se agotaba.

—¿Es cierto señor? ¿El tiempo se nos agota?

Gaunt se giró. Kolea, Varl, Domor y Criid habían avanzado para unirse con él. Estaba contento de verlos, cuatro de sus mejores oficiales, cuatro de sus mejores fantasmas.

—¿Cuál era la pregunta? —preguntó.

—El Tiempo señor —dijo Gol Kolea—. ¡Dicen que el tiempo está contra nosotros!

—Diez unidades de Pacto de sangre, en el lado derecho del río —respondió Gaunt—. Tenemos que conseguir asegurar esta arteria y cruzar del puente antes del anochecer.

Kolea asintió. Varl y Criid intercambiaron miradas incómodas.

—¿Cómo están sus ojos, señor? —preguntó Domor.

Gaunt le miro.

—Me duelen. Gracias por preguntar —le respondió.

Domor “Shoggy” se señaló a sus ojos augméticos con los que había obtenido de sus compañeros el apodo, sonrió.

—Yo sé lo que pasa con los ojos —dijo.

—Por supuesto que no, “Shoggy” —respondió Gaunt—. Es por culpa de la Estrella de Hierro. Me duele la cabeza.

—A nadie le gusta la misión —dijo Varl.

—Lamentablemente tenemos que hacerlo, y lo mejor posible. ¿Entonces está arteria? ¿Este río? ¿Cómo sellarlo? ¿Sugerencias?

—Podríamos quemarlo —sugirió Kolea—. Cauterizarlo.

Gaunt asintió.

—¡Cogeremos los lanzallamas! Regresa rápidamente a la compañía. Que se preparen para el ataque.

Los cuatro dudaron.

—¿Qué estáis esperando? —preguntó Gaunt.

—¡Queríamos estar con usted! —dijo Domor.

—¡Queremos estar a su lado! —dijo Varl.

—¡Eso es muy leal! —contestó Gaunt—. ¡Preparas a vuestros fantasmas y me reuniré con vosotros en el puente! Vamos, ¿queréis vivir para siempre?

A regañadientes todos asintieron. Criid lo miro fijamente.

—No queremos que muera —dijo.  
—Eso es suficiente Criid —llamó Curth.



SIETE

Gaunt estaba por encima del río muerto. La Estrella de Hierro palpitaba. Como le dolían los ojos.

Miro a los árboles cromados y a sus flores luminosas. Escuchó el ruido producido por los equipos de trabajo del Pacto Sangriento, terminando sus defensas. Se dio la vuelta.

Las figuras negras se estaban reuniendo en el lodo. Había media docena en este momento, observándolos, silenciosamente sin inmutarse.

—Estas muy tranquilo —dijo Curth.

—¿Qué? —preguntó Gaunt.

—Estas muy tranquilo —repitió—. ¿Ibram? Di algo.

El suspiro.

—Son estas figuras de feth —dijo Gaunt—. Esas figuras negras, que nos han estado observando todo el tiempo.

—¿Qué figuras? —preguntó Dorden.

—¿No puedes verlas? —preguntó Gaunt—. Allí, nos están observándonos, al principio solamente era una, pero poco a poco son más. Existen, puedo verlas, están allí.

—¿Ibram? —dijo Curth—. Ibram ¿A dónde vas?

—¡Quédate aquí! —instó Dorden.

—¡Quédate con nosotros! —dijo Curth.

—Solo un momento —respondió Gaunt—. Estoy bien. Dame un solo momento.

—¿Ibram? No puedes estar vagando por tu cuenta —dijo Curth—, no es seguro.

—Dame un momento.

Comenzó a caminar, deslizándose, a través del lodo. Sus botas se hundieron en el lodo. Intento fijar la vista en las figuras negras. Detrás de él, las voces que le decían que volviese desaparecieron.

Era más complicado de lo que pensaba. En dos ocasiones tropezó, con cascos y escotillas de tanques enterrados, y cayó. En ambas ocasiones, se quedó en el lodo unos minutos, sin ganas de levantarse otra vez, estaba tan cansado, le dolían tanto los ojos.

Reptando de rodillas a través del lodo, húmedo y rojo. Olía a podredumbre y a muerte. No se sorprendió. El lodo de los campos de batalla olían a sangre y a vísceras. Con los años se había acostumbrado al olor. Pero este era particularmente fuerte, olía a tripas recientes y a sangre fresca.

Las figuras negras no parecían acercarse, no importaba su esfuerzo, se mantenían distantes observándolo.

—¿Quiénes sois? —gritó Gaunt, con su voz ronca. Las figuras negras, impasibles, no respondieron.



OCHO

—¿Dónde estás? —gritó Curth—. ¿Ibram? ¡Ibram, regresa!

—¡No responde! —dijo Dorden—. Tenemos que traerlo de vuelta.

—¡Diez unidades! —gritó Curth—. ¡Ahora!

—No creo que pueda oírnos —dijo Dorden—. Esta demasiado lejos.

—Alguien tiene que traerlo de vuelta —dijo Curth—. Alguien tiene que llegar a él, y traerlo de vuelta. —Tiró su mascarilla y miro a su alrededor—. ¿Larkin? Aquí, sobre esos restos.



NUEVE

Ya no podía ver a las figuras negras. De alguna manera habían desaparecido en la niebla. Había ido demasiado lejos, estaba desorientado y no sabía regresar. La tierra de nadie se extendía en todas direcciones.

—*¡Fetch, que estúpido soy!*, se dijo. *No tengo ni idea de donde estoy. Estoy perdido.*

La Estrella de Hierro era lo único constante. Ignorando el dolor de sus ojos, levantó la vista hacia ella. Tal vez podía orientarse, estuvo observando los alrededores, para encontrar alguna pista que de cómo regresar. Ni siquiera podía oír a Curth y a Dorden en estos momentos.

Estaba tan cansado. Se sentó en el barro y estuvo restregándose los ojos. Sus manos se mancharon de sangre. Era tan estúpido como para vagar por la tierra de nadie.

Pensó en tumbarse y tomar una siesta. Su cabeza estaría más despejada, después de una siesta. Solo una siesta rápida. Solo un momento para descansar los ojos.

Levantó la vista. Las figuras negras se estaban situando a su alrededor, mudas y sombrías. La niebla, el vapor del campo de batalla, los cubrió. Las figuras lo observaban por debajo de sus capuchas.

Se levantó, dolorido e inestable.

—¿Quiénes sois? —preguntó Gaunt.

Ninguna de ellas contestó.

—¿Quiénes sois, feth? ¿Por qué me observáis? —gritó Gaunt.

Las figuras continuaron silenciosas.

Invistió hacia adelante, tirando de la capucha de la figura más cercana, para verle el rostro.

—¿Qué sois? —gritó Gaunt.

Hubo un fuerte sonido, y la cabeza de la figura explotó en un estallido de luz. Gaunt se giró.

—¿Qué está haciendo aquí fuera del camino, Señor? —preguntó Larkin.

—¡Yo...! —comenzó Gaunt.

Se giró, pero las figuras habían desaparecido de nuevo.

—¿Las vistes? —le preguntó a Larkin.

Larkin estaba recargando en silencio su arma.

—¿Figuras siniestras, reuniendo alrededor del campo de batalla, esperando que empiece la masacre, es lo que quiere decir, señor? —preguntó Larkin.

—¡Sí! ¡Sí!

—Las veo todo el tiempo —dijo Larkin, mientras acariciaba el cañón de su rifle láser caliente aun—. Pero no soy el testigo más confiable, ¿verdad?

—Tienes la mejor vista que jamás he conocido —replicó Gaunt.

—Tal vez —respondió Larkin—, pero mi cerebro ve todo tipo de feth. Estoy

sorprendido, aunque...

—¿Qué significa? —preguntó Gaunt.

—¿Usted? ¿Saltando en las sombras? ¿Ir a fuera a por usted a saber donde feth esta? —Larkin sonrió—. ¡Siempre fuiste un líder de nivel! Más incluso que Mkoll o Daur o Rawne. ¡Usted siempre nos ha mantenido juntos!

—Todavía estoy, confundido —dijo Gaunt—. ¡Pero las vi! Las figuras negras. Vi como le disparaste a través de uno de sus cráneos.

Larkin sacudió la cabeza.

—Hice un disparo de advertencia para llamar la atención, estabas fuera de si, aquí en el barro, gritando a la nada como un idiota total.

—¿Era yo?

—Larkin asintió.

—¡No fue una agradable visión! ¡No inspiraba mucha confianza! Perdón por la franqueza, señor.

Gaunt se dejó caer en el lodo bruscamente.

—Estoy tan cansado Laks —dijo Gaunt—. Tan cansado. Hemos estado en la línea del frente demasiado tiempo. No sé cuánto tiempo más podre aguantar.

—Más que el resto del regimiento, espero —sonrió Larkin—, o estamos todos feth.

Gaunt miró al leal francotirador.

—Larkin —dijo—. ¡Veo cosas! Sigo viendo cosas, peor que esos, hay cosas que no veo. Pero sé que están ahí, pero no puedo verlas.

—¿Tus ojos, verdad? —preguntó Larkin.

—¡Sí, me duelen!

—No es de extrañar, conociendo lo que le hicieron.

—¿Qué? ¿Significa eso? —preguntó Gaunt.

—Nada, olvide lo que he dicho —dijo Larkin.

—¿Quién me hizo el qué? —preguntó Gaunt.

Larkin sacudió la cabeza.

—Ha visto mucho, esos es todo lo que estoy diciendo, señor. En su carrera, ha visto un montón de cosas, más que muchos hombres podrían soportar en toda su vida. Ha visto destrucción. Ha visto la muerte. Ha visto a amigos y camaradas perecer delante de usted.

—Realmente he visto demasiado —dijo Gaunt.

—Vamos a volver a la línea, ¿de acuerdo? —dijo Larkin, ofreciendo a Gaunt su mano.

—¿Puedes ver el camino? —preguntó Gaunt.

—Por supuesto, soy Tanith. No puedo ser un explorador, pero tengo el instinto de Tanith. ¡Sígame! Vamos a salir de aquí antes de que las figuras negras vuelvan.

Gaunt se sorprendió.

—Creí que habías dichos que no habías visto ninguna figura negra.

Larkin gruño.

—El hecho que no las vea todo el tiempo, no significa que no sean reales, Vamos.



**DIEZ**

Se dirigieron a las líneas de los Fantasma bajo la Estrella de Hierro.

—Estoy cansado, Larks —dijo Gaunt, al cabo de un rato—. ¡Déjame descansar un momento!

—¡Aquí no! —respondió Larkin—. No es seguro. Sigamos. Podrá descansar cuando llegemos a nuestras líneas.

—Tengo que parar —dijo Gaunt—, solo un momento. Déjame por un momento cerrar los ojos.



ONCE

—Lo llevé detrás mío mientras pude —dijo tristemente Larkin—. No quiere venir mas lejos.

—Tiene que regresar —respondió Curth—. Él sólo tiene que hacerlo.

Él no me escuchaba más —dijo Larkin—. Simplemente se paró.



DOCE

A veces, cuando era capaz de robar una hora para dormir, tendido en una habitación, o tendido en una litera podrida en una trinchera, soñaba con un mundo llamado Jago. Los sueños eran poderosos y le inundaban de un dolor persistente y miserable.

Teniendo en cuenta que había dejado de recodar, o incluso las ganas de recordar, los nombres de los lugares que él y los Fantasmas habían trabajado, leales y cansados, cansados y leales, se preguntó por que Jago, en particular, había permanecido en su memoria y sus sueños.

Era un lugar seco, polvoriento, agitado por el viento. El polvo se colaba en todas partes, y el viento hacía un sonido como el aire cantando a través de las aperturas de cráneos, cuyas partes superiores habían sido aserradas. Seco y muerto, era Jago. Seco y muerto, y no rezuma barro y húmedo como... a quien feth le importa ya.

Tuve otros sueños, a veces. Un anciano llamado Bonifavio, a veces discutíamos sobre teología y filosofía en una antigua biblioteca. El anciano con cicatrices y demás mutilaciones, se sentaba en una silla de latón. En el sueño, Gaunt le preguntaba por su padre y el anciano se negaba a responder.

En otro sueño aparecía alguien llamado tío Dercius. Tío Dercius llegaba inesperadamente. Gaunt estaba jugando con una fragata tallada en madera en la terraza y alzar la mirada, con alegría, y tío Dercius caminaba hacia él. Tío Dercius tenía una mirada extraña en su rostro. Tenía un regalo para Ibram. Era un anillo de sello.

En un sueño diferente alguien llamado Colm Corbec estaba en un enorme bosque. Alto, fornido y barbudo, Corbec vestía de negro Tanith, y sonrió cuando se acercó Gaunt. Gaunt podía oler la savia de resina de nal. Sabía que Corbec era el mejor amigo que nunca había tenido, y el amigo más grande que jamás había perdido.

Otro sueño, recurrente en su memoria, era sobre una ciudad colmena, y estaba ocupada por Chass Merity, de la noble casa de Chass. Era joven y hermosa y se convirtió en una más hermosa cuando su vestido se deslizó fuera. Su voz era tan suave como su piel. Ella dijo...



TRECE

—¡Por el trono, despierta!

Gaunt Estaba asombrado. Se había quedado dormido. Eso nunca le había sucedido antes, no en sus tres décadas de carrera militar. *Debo estar muy cansado, leal, pero muy cansado.*

—No es necesario Rawne —le dijo a su segundo al mando—. ¡Estoy aquí!, simplemente descansaba los ojos.

—¡Es Curth, Ibram!

—¡Oh! Sí, por supuesto.

—Estabas muy lejos de mi, entonces.

—Estoy simplemente cansado, Curth. Solo echarme la siesta un momento.

—Intentas quedarte con nosotros. Tenemos que cerrar esta arteria y cruzar el puente.

—¡Antes de anochecer!

—¡Exactamente! —replicó Curth.

—Vamos a hacerlo, entonces —dijo Gaunt—. ¡Quiero hablar con los lanzallamas!



CATORCE

Los Fantasmas equipados con lanzallamas, se reunieron a su alrededor, Brostin, Dremmond, Lubba, Lyse, Nitorri y el resto. Apeataban a promethium.

—¿Por el trono, donde está tu lanzallamas? —preguntó Gaunt.

—Los dejamos afuera —dijo Lubba.

—¿Fuera? —preguntó Gaunt.

—Lubba quería decir detrás, señor —dijo Dremmond rápidamente. Le dio un codazo a Lubba—. *Idiota*.

—Nuestros depósitos están siendo rellenos de promethium en estos momentos —dijo Brostin con una amplia sonrisa—. Estaremos todos listos a tiempo. Le doy mi palabra.

—¿Comprendéis los objetivos? —preguntó Gaunt.

—¿Por qué nos transmite las ordenes a través de ellos, y no sólo para nosotros? —sugirió Dremmond.

—¿Acaso no han sido informados por los líderes de la compañía? —preguntó Gaunt.

—Por supuesto que nos han informado —dijo Brostin.

—Impecablemente —dijo Lyse.

—Simplemente, uhm, me gusta oírlas de usted personalmente, señor —dijo Brostin.

Gaunt se rio entre dientes.

—Tenemos que cruzar el puente al anochecer. Diez unidades del Pacto Sangriento, tiene que cauterizarse esta arteria ahora.

—¿Arteria? —preguntó Lubba.

—¡El rio! —asintió Lubba.

—¡No hay problema! —dijo Brostin mientras se sacaba un cigarrillo de iho.

—¡Aquí no! —gruño Curth.

—¡No lo voy a encenderlo, Doc! —protestó Brostin.

—¡Ellos verían la chispa! —dijo Gaunt.

—¿Quién, señor? —preguntó Brostin, mientras succionaba el cigarrillo de iho.

—El Pacto Sangriento que está en el rio.

—¡Oh! Por supuesto —respondió Brostin—. Es por lo que estoy siendo cuidadoso. Estamos listos para ir tan pronto lo desee.

—¡Entonces vamos allá! —dijo Gaunt—. ¿Brostin?

—¿Señor?

—Salude al Señor Amarillo por mí.



QUINCE

La Estrella de Hierro palpitaba. El puente esperaba. La espera se me hizo muy larga hasta al anochecer.

Gaunt se ajustó la gorra, comprobó la munición de la pistola bólter, y sacó su espada de energía, la famosa hoja de Hieronymo Sondar. Ronroneo cuando la encendió.

Se levantó, chapoteando el barro alrededor de sus botas.

—¡Primero y Único! —gritó Gaunt.

Sonaron los silbatos y los oficiales de primera línea gritaban las órdenes para que todos estuvieran listos.

—¡Plata pura! —gritó Gaunt. Los clicks sonaban por la formación de los Fantasmas, cuando los de Tanith fijaban los cuchillos a las abrazaderas de sus rifles láser.

—¡Lanzallamas al frente! —gritó Gaunt.

Los soldados equipados con lanzallamas treparon a las plataformas superiores de la trinchera. Escupieron el fuego líquido a las plataformas de asedio construidas apresuradamente. Las tropas del Pacto Sangriento gritaron cuando el infierno los envolvió.

Proyectiles de mortero, almacenados en las plataformas, comenzaron a estallar. Cuerpos y fragmentos de madera astillada fueron lanzados por los aires por feroces chorros de fuego.

—¡Avancen! —ordenó Gaunt, y los oficiales de primera línea repitieron la orden. Echó a correr espada en alto, se resbalo y deslizó en el lodo. Escuchó a los Fantasmas detrás de él, rugiendo, cuando cargaron con sus rifles.

El fuego enemigo comenzó a interponerse en su camino, era tan rápido y brillante. ¡Como le dolían los ojos!

—¡Adelante a por ellos! —gritó Gaunt.

—¡Cuidado Ibram! —advirtió Curth.

—¡Ponte a cubierto, doctora! —respondió Gaunt.

—¡Me quedo contigo! —susurró Curth.

Él entró en la nube de humo. El aire olía a promethium, sangre y a lodo. Un enorme géiser de barro los salpico. Conmocionados por la explosión, vieron como el humo formaba extraños remolinos en patrones curiosos, como ondulaciones en el agua. El ruido era abrumador.

Pudo ver formas moviéndose hacia él a través del humo. Tropas del Pacto Sangriento se acercaban, desde el río para cerrarles el paso. Sonidos salvajes y herejías inhumanas, emitidos a gritos a través de las rendijas de la boca de sus mascaros de hierro.

Trofeos humanos sombríos. Como huesos de dedos y orejas colgaban de sus cinturones de municiones.

Algunos del Pacto Sangriento llevaban las bayonetas fijadas en sus rifles. Otros blandían lanzas o cuchillos, o martillos para combates de trincheras. Sus aullidos aumentaron de intensidad a medida que veían a las tropas imperiales.

—¡A ellos! ¡Machacables la cabeza! —gritó Gaunt. ¡El emperador protege!

Gaunt no desfalleció. En todo caso corrió más rápido, levantando su pistola bólter para disparar, blandiendo su espada. Por un momento el cansancio lo abandonó. Se sentía como si pudiese acabar con el archienemigo el sólo. Se sentía como si fuera joven, con la galaxia entera detrás de él.

Disparó dos veces y derribó a un par de soldados del Pacto Sangriento a la carga, que fueron destrozados como demolidos por una bola de demolición.

Entonces se reunió con el resto. Hacia oscilar su espada de energía, y la hoja corto limpiamente una garganta. Una bayoneta se dirigió a su rostro y por poco acierta, moviendo la espada traspaso el torso al propietario de la bayoneta. Formas se arremolinaban a su alrededor. Se trataba de matar o morir. En combate cuerpo a cuerpo, sin remordimiento ni escrúpulos. Gaunt ya había peleado con soldados del Pacto Sangriento del Arconte, lo suficiente para saber que luchaban como lobos y rara vez cedían. Muchos eran guardias imperiales que habían desertado, o que habían sido seducidos por los poderes del Caos. El Pacto Sangriento era una de las pocas fuerzas de la horda del Archienemigo, con buen entrenamiento militar y disciplina.

Los Fantasmas se unieron a la lucha alrededor de Él. Formas negras que apuñalaban con bayonetas de plata brillantes. Las armas se disparaban a quemarropa, golpeando el fango con sus pies. Figuras que luchaban y apuñalaban.

Gaunt disparó a otro soldado del Pacto Sangriento, que cargaba contra él con una lanza, y luego se agachó cuando una maza de trinchera intentó aplastarle en cráneo. Le dio una patada a las piernas del soldado de la maza, y en cuando cayó, Gaunt le traspasó con la espada la clavícula hasta llegar a su columna vertebral. Otro llegó por un lateral y con un rápido giro de la espada le estampó la empuñadura en la garganta del soldado. El soldado retrocedió hacia atrás asfixiado y terminó su labor con dos golpes de maestro de esgrima. Dos más se arrojaron sobre él. Una bayoneta oxidada rozó su brazo, rajándole la manga de su abrigo. Disparo salvaje, instintivamente, con su pistola láser y le arrancó una pierna. El otro enemigo osciló el cuchillo hacía abajo, pero Gaunt lo bloqueo con su espada de energía. Y clavó su hoja en el pecho del hombre. La sangre lo roció a través de la herida abierta. El soldado cayó de rodillas, con el rostro inclinado hacia el cielo, y Gaunt lo decapitó.

—¡Reunámosles con los dioses del caos! —gritó en la oscuridad.

Comenzó a lloverles lodo a través de la cubierta de humo, a causa de los disparos de los morteros, instalados en la orilla del río, Gaunt escuchó el ruido de los lanzallamas cerca, que creaban cerca un remolino infernal de fuego.

Gaunt miró a su alrededor, tratando de evaluar el rumbo del combate. Pero el

humo lo ocultaba todo. Podía ver figuras borrosas moviéndose en la penumbra, un destello de un lanzallamas estalló y iluminó como la Estrella de Hierro por unos momentos, pero no hizo nada para mejorar la visibilidad.

Estaba de sangre hasta arriba, cuando se enfrentó y mató a tres soldados del archienemigo. Gaunt reconoció la furia en su corazón. Era una furia vieja. Un coraje y una determinación que había comenzado a temer que había perdido. Estos últimos años, había comenzado a sentir como si su fuego interior hubiera desaparecido, sin dejar nada más en su alma que unos rescoldos apagados.

Algunas ráfagas de pasión habían soplado las brasas, y reavivó la llamas. Con mucha tristeza. Gaunt se dio cuenta que sólo se sentía decentemente humano, solamente cuanto estaba encerrado en el manicomio de la batalla. Abrió su alma muerta, y sus extremidades cansadas olvidando sus dolores. Y su mente quedó despejada. Su vida, la esencia de su vida como soldado imperial, aquí era vital y brillante en la locura del combate.

Solo en el filo de la navaja de la vida y la muerte podía sentirse vivo. Solo en la muerte podía vivir.

Un oficial del Pacto Sangriento, un etogaur, emergiendo de la escoria, embestía hacía adelante. Era una bestia enorme, con fuertes músculos abultados bajo su chaqueta manchada de sangre. Su máscara era de oro manchado por la sangre. Su enorme espada estaba ejecutando a un guardia imperial.

El etogaur miró a su alrededor para que otro guardia cayese bajo su hoja de carnicero.

—¡Aquí, hijo de gak! —rugió Gaunt.



**DIECISÉIS**

Anna Curth se inclinó sobre su paciente. La medicina de campo de batalla no era un arte preciso. Sus dedos estaban manchados de sangre.

—¡No lo entiendo! —dijo Curth—. Sus constantes son normales y fuertes, pero parece que no reacciona.

Dorden puso su mano en su hombro.

—¡Has hecho todo lo que has podido!

—¡No!

—Ana tenemos cientos de bajas que tratar. Tal vez.

—No —dijo solemnemente—. No voy a renunciar.

—¡Mira sus heridas! —dijo Dorden, con la cabeza agachada y afectado—. ¡El Pacto Sangriento ha hecho su trabajo tan brutal como siempre!

—¡Todavía tengo una posibilidad! —dijo Curth, cogiendo un bisturí limpio—. ¡Siempre hay una oportunidad!



**DIECISIETE**

El etogaur pronunció algún grito de batalla abominable y realizó expertamente un remolino con su espadón alrededor de su cabeza y hombros con un alarde de fuerza.

La pistola bólter estaba descargada. No tenía tiempo para cargarla. Tendría que apañarse con la espada.

El etogaur corrió hacia él. Gaunt utilizó la espada de energía para bloquear el primer golpe, pero la terrible potencia del golpe del espadón había sacudido su muñeca y lo obligó a mantener su posición. El etogaur era rápido. Evidentemente era un experto e hizo una maniobra de maestro, a pesar de estar empuñando el enorme espadón, diseñado para la matanza, en lugar del duelo.

Gaunt bloqueó tres golpes más rápidos, girando su espada con un toque distraído. El etogaur estaba usando el enorme peso de la espada como impulso, balanceando cada golpe en el siguiente, cambiando su agarre del espadón para matar con el máximo de su fuerza.

El etogaur intentó un golpe queriéndolo partirlo por la mitad. Gaunt detuvo el letal golpe con la hoja de su espada, pero la fuerza bruta del etogaur resbaló sobre su espada e intentó un nuevo golpe. Su espadón era dos veces más larga que la de espada de energía de Gaunt. Tenía el doble de alcance. Tenía la iniciativa.

Sus botas chapotearon en el fango. Gaunt intentó ganar la iniciativa, con un giro sobre su flanco izquierdo. El etogaur intentó reaccionar, pero Gaunt ganó la iniciativa al etogaur. Tenía las piernas desequilibradas a causa del lodo.

El etogaur intentó recuperar la postura y girar su espadón. Gaunt golpeó con fuerza. Hacia la empuñadura del espadón. Cortando la mano derecha y cortando todos los dedos de la mano izquierda.

El etogaur pronunció un grito de incredulidad. Dio un paso hacia atrás. Observando el muñón de su mano, como salpicaba sangre, miró a Gaunt a través de las rendijas de la máscara de oro ensangrentado, esperando el golpe mortal.

Gaunt dirigió su espada hacia el etogaur con intención de ejecutarlo, mientras gritaba:

—¡Los fantasmas de Tanith han llegado y todos moriréis!

El etogaur comenzó a aullar. Se volvió y tropezó. Y aulló su angustia y su miedo.

Gaunt se permitió una sonrisa. Podía sentir sus lágrimas sangrientas en su rostro.

Observo a un Fantasma cercano, acosado por dos soldados del Pacto Sangriento. Se arrojó a la pelea, y traspasó la columna vertebral de uno de los soldados con su espada. El acosado Fantasma utilizó la sorpresa para traspasar al otro soldado del Pacto Sangriento con su bayoneta.

—¿Estás de una sola pieza? —preguntó Gaunt mientras retiraba su espada del cadáver.

—Estoy bien, señor —contestó el fantasma. Gaunt se dio cuenta de que era Beltayn, su ayudante.

—¡Me alegro de verle, Bel! ¿Cómo te sientes?

—Esta es una muy mala situación, señor, ¿no? —dijo Beltayn. Tenía la cara de ceniza blanca.

—Voy a estar bien, Bel.

—Creo, señor...

—¿Qué?

—Algo va mal.

Gaunt se y señaló el humo, llamas y cadáveres que les rodeaban.

—Te has dado cuenta por ti mismo, ¿verdad?

Beltayn sacudió la cabeza.

—Por los informes que he recibido —dijo Beltayn—. Hemos roto sus líneas, pero parece que tienen refuerzo moviéndose por nuestro flanco.

—¿Más unidades del Pacto Sangriento?

—No, señor, por las noticias que llegan, parecen que son unidades de los Hijos de Sek.

Gaunt sintió un escalofrió. El Pacto Sangriento eran suficientes demonios. Sus aliados habían sido planteados por el Arconte con la intención específica de coincidir con la Guardia Imperial en el teatro de los Mundos de Sabbat. Anakwanar Sek era el más temible capitán de Archon. Inspirado con el ejemplo del Pacto Sangriento. Sek había desarrollado a su propia fuerza de élite. Gaunt había visto a los Hijos de Sek combatir en... donde fue en... Gereon. Fue en Gereon. Los Hijos de Sek parecían ser más impresionantes que el Pacto Sangriento. Los hijos tenían un apetito insaciable por la atrocidad. Los Fantasmas tendrían el dudoso placer de combatir contra ellos.

—¿Dónde está Rawne? —preguntó Gaunt.

—¡No lo sé señor! —respondió Beltayn.

—¿Baskevyl, entonces? ¿Daur? ¿Kolea?

—Con he conseguido contactar con ellos.

—Sabes donde esta Corbec, al menos.

Beltayn lo miro sorprendido.

—¿Qué? —preguntó Gaunt.

—El coronel Corbec, señor... Murió hace cinco años.

—Por supuesto, por supuesto, él... —dijo Gaunt pausadamente.

—¿Señor?

—Bel, tenemos que asegurar el puentes antes de anochecer.

Beltayn miró la sobrecarga cubierta de humo.

—¿Y cuando cree que lo aseguraremos?

—No lo sé. Sólo tenemos que llegar hasta la parte asegurada del puente.

—¡Ni siquiera sé en qué dirección está el puente! —dijo Beltayn.

—Pues tenemos un problema —respondió Gaunt, señalando por encima del

hombro izquierdo—. ¡Esta cerca, Bel! Necesito que retrocedas, hacia la fuerza principal. Necesito que encuentres a Rawne o a Kolea. Hacerles saber que estamos a punto de ser flanqueados por los Hijos. Ordénales que reagrupen sus fuerzas hacia adelante, hacia el puente.

—¿Es prudente, señor? —preguntó Beltayn.

—El puente es nuestro objetivo, Beltayn, necesitamos protegerlo. Dile a Rawne que coja a cada Fantasma que pueda encontrar, los envíe hacia la entrada del puente. Él tiene que protegernos de un posible ataque al flanco. ¡Vamos, Bel! ¡Que no es ciencia espacial!

Beltayn asintió. Luego hizo una pausa y ofreció a Gaunt su mano.

—¿Bel?

—En caso de no volvernos a ver más, señor —dijo Beltayn—. ¡Quiero que sepa que ha sido un honor servir bajo su mando!

Gaunt tomó la mano de Beltayn.

—¡Ha sido un honor servir contigo, Bel! Pero nos volveremos a ver nuevamente.

—Es lo mejor que nos podría pasar —dijo Beltayn y retrocedió. Gaunt lo observó hasta que su ayudante desapareció entre el humo. Se dio la vuelta y siguió avanzando.

Cuerpos del Pacto Sangriento hacia sembrado el barro con su sangre. Algunos ya se estaban hundiendo en el lodo, en un abrazo mortal. Gaunt pensaba que encontraría pelotones de Fantasmas más adelante. Pero no había señales de ellos. Habían estado a su lado. ¿Dónde se habían esfumado?

Recargó su pistola bólter y continuó adelante. Podía oler el río. Hizo un giro, el humo estaba eclipsando el cielo. Todos los sonidos y signos de combate habían disminuido.

Los ojos empezaron a dolerle nuevamente. Él no podía ver mucho con el maldito humo.

Entonces vio a Nessa.



**DIECIOCHO**

Nessa Borah era una de sus mejores francotiradores. Ingresó en el regimiento después del sitio de Verdum como parte de la resistencia popular, y sumado a los Fantasmas después de la liberación.

Nessa se había instalado en un zulo fangoso, con un gran campo de tiro de la orilla del río, a su alcance. Durante el bombardeo de la batalla de Verdum, sus oídos habían quedado dañados, y era sorda. Sin un compañero ella desconocía que los soldados del Pacto Sangriento se estaban acercando a su retaguardia.

Gaunt bajo su pistola bólder, y dio unos toques en el hombre de Nessa que saltó por la sorpresa, y cayendo hacia un lado, y rápidamente se recuperó y se enderezó. Con la bayoneta a punto.

*Lo siento* le dijo Gaunt con signos.

Nessa bajo el rifle.

—Me tomo por sorpresa —dijo, en su acento ligeramente nasal.

—No tanto como esperaba —sugirió Gaunt.

Le cogió la barbilla, y volvió el rostro hacia ella.

—Así le puedo ver —afirmó—. Así puedo leerle los labios.

—*¡Lo siento!*, dijo Gaunt.

Se colocó en el zulo junto a ella, asegurándose de que ella pudiera ver su rostro.

—¿Dónde están los demás? —preguntó.

Nessa sacudió su cabeza.

—*¡No he visto a nadie!* Está tranquilo.

—*¡Algo va mal!* —afirmó Gaunt.

—¿Qué?

*¡Algo va mal!*, le dijo con signos. Había hecho el esfuerzo de aprender a hablar con signos después de Verdum. Nessa no era el único soldado sordo de su regimiento.

—*¡Estamos demasiado tranquilos!* —estuvo de acuerdo.

*Si tenemos que estar en silencio, ¿por qué no estas hablando con signos?*, preguntó.

—*¡No soy sordo!* ¿Cómo diría mío, con gestos?

*No lo entiendo*, dijo.

Nessa extendió la mano, y deslizó su dedo a lo largo de su mejilla, rodeando su ojo derecho.

—Me gustaban mucho tus ojos —dijo—. Eran tan francos. Supongo que pueden ser sustituidos.

—¿Sustituidos? ¿De qué estaba hablando?

—Perdió sus ojos, señor, En los páramos de Jago, le quitaron los ojos.

—¿De qué estás hablando?

Ella se contrajo hacia atrás.

—*¡Le pido perdón!* —dijo—. Pensé que lo sabía.

—¿Saber qué? Nadie me ha quitado los ojos. ¡Puedo verte! ¡Nessa, puedo verte!

—¡Igual que yo puedo oírte! —contestó Nessa—. ¡Es curioso! ¿No?

—¡Nessa!

—Lo siento. Me alegro de que pueda verme. ¡Realmente estoy...!

—No lo entiendo —dijo. Sus ojos habían comenzado a dolerle nuevamente. La Estrella de Hierro se deslumbraba a través del humo.

—Estás ciego y yo esto sorda —afirmó Nessa—. ¡Que gran alianza! Ojalá pudiera quedarme con usted.

—¡Nessa! —gritó—. ¡Nessa!

Gaunt estaba solo en el zulo. Nessa se había ido. Su rifle y el cinturón de la munición estaban junto a él. Como si ella no hubiera estado allí, podía olerla.

—¡No estoy ciego! —dijo a la nada—. ¡No estoy ciego! Puedo ver esto. Puedo ver el río. Puedo ver el puente.



DIECINUEVE

El puente parecía tan lejos como siempre. Cuando se desvaneció el humo lentamente al atardecer, Gaunt había visto el puente desde el zulo. Lo estudió a través de la mira telescópica de Nessa ¿Dónde habría ido? Ella estaba allí.

Vio movimiento cerca del puente. Ajusto el alcance, y por la escasa luz de la Estrella de Hierro, vio figuras negras en la entrada del puente. Había una docena de ellas. Las estaba viendo.

Cogió el rifle de francotirador, comprobó el cargador, y se preguntó que debía hacer.

Podía darle a una de ellas desde esta distancia. Nessa podría, pero para él era demasiado, pero Gaunt no era un francotirador. Tal vez podría colocar un tiro entre ellas y ahuyentarlas.

Estaban comenzando a molestarle ¿Qué querían? ¿Estaban allí por él? No lo sabía.

Bajo el fusil. No tenía ningún sentido desperdiciar munición. Iba a necesitarla. Podía oír los tambores, los tambores tocando con tempos sesgados, los Hijos de Sek.

Iba a haber un gran derramamiento de sangre antes de que la noche cayera. Se preguntó si tendría fuerzas para afrontarlos. Estaba tan cansado. Sus ojos heridos.

—¿Qué quiso decir Nessa? ¿Quién me quito los ojos?

Se estaba adormeciendo ¿solo un minuto tal vez? Se durmió en unos pocos minutos.

Cerró los ojos.



VEINTE

Hubo un sonido largo y estridente, una nota de advertencia.

—¡Sin pulso! —Dorden lloraba.

—¡Paletas! —Curth grito, con lágrimas en los ojos.

—¡No es una buena idea!

—¡Paletas! Descarga e setenta mil adrenolect. ¡Otras diez unidades!

—Anna, está muerto. No hay ningún propósito en prolongarlo.

—¡Dame las paletas de feth, ahora! —ordenó Curth.



VEINTIUNO

No soñaba. Solo había oscuridad. Era un lugar solitario. Incluso no podía sentir la Estrella de Hierro ya. Hubo un solo sonido, una persistente nota quejumbrosa. Que cortaba la oscuridad vacía.

Se despertó, de golpe. Completamente despierto. La nota quejumbrosa cesó, y fue reemplazado por una descarga de una batería enemiga.

Todavía estaba en el zulo. El mundo estaba en crepúsculo. Que feth faltaban minutos para el anochecer.

Algo lo había despertado. Algún tipo de contacto lo había sacado de la oscuridad de su sueño.

—¡No lo haré nunca! —dijo un voz.

Se sentó.

—¿Quién está aquí?

—¿Dormirse en pleno combate? Nos habría dado muerte, si nos hubiera cogido a nosotros —sonrió la otra voz.

—¿Quién eres? —exigió Gaunt, desenfundando su pistola bólter—. ¡No puedo verte! ¿Quién eres?

—Por supuesto que no nos puedes ver —dijo una tercera voz. Con un sonido plano y artificial, sin énfasis ni emociones. ¡Sonaba sarcástica!—. ¡No puedes ver nada!

—Pero está bien, Señor —dijo una cuarta voz, una voz joven—. ¡Puede vernos!

—¡Está a salvo! —dijo la primera voz, de forma tranquilizadora—. ¡Por ahora!

—Tiene que moverse —dijo la voz plana—. ¡No puede quedarse aquí para siempre!

—¡Y solo podemos quedarnos un rato! —dijo la segunda voz sonriendo.

Gaunt se puso de pie, balanceando ciegamente la pistola bólter por su alrededor.

—¡Mostraros!

—Bueno, si lo hace más fácil —suspiró la primera voz.

—Gaunt parpadeo, Cuatro hombres se hicieron de repente visibles, agazapado en el zulo. Eran Fantasmas, equipo negro de los Fantasma, con las armas sueltas, pero listas en sus manos.

—¿Mejor? —dijo el líder barbudo.

—¿Corbec? —susurró Gaunt.

—¡Hola! Ibram —dijo Colm Corbec con una sonrisa—. Cuanto tiempo. Parecerá que han sido un montón de guerras de Fetch.

—Colm me alegro de verte —dijo Gaunt enfundando su pistola—. ¡Pensé que estaba solo aquí! ¿Cuáles son nuestras posiciones? ¿Cuántos pelotones de fantasmas hay por los alrededores?

Corbec sonrió y sacudió la cabeza. Miro a sus compañeros.

—¡Solo somos cinco de nosotros! ¿Tendremos que hacerlo solos muchachos?

Los otros tres asintieron.

—¡Es bueno verte! —repitió Gaunt.

—¡No puede vernos! —dijo el propietario de la voz monótona—. ¡No puedes ver nada! ¡Te sacaron los ojos!

—Cierra tu boca, Feygor —dijo Corbec—. No lo entiende.

—¿Que es lo que no entiende? —gruño Feygor.

—Pero es bueno verle otra vez, señor —dijo el mayor de los cuatro fantasmas—. Quizás tendríamos que hacer un brindis con un sorbo de sacra como en los viejos tiempos.

—¡Necesitamos tener las cabezas claras, Bragg! —dijo Corbec—. Tenemos que llegar hasta el puente.

—Bueno solo fue una idea —dijo Bragg.

—Somos pocos para tratar de llegar al puente —dijo Gaunt—. Solo somos cinco. ¿De que serviría?

—¡Lo que importa! —dijo el joven fantasma—. Es porque estamos aquí.

—¡No entiendo, Caff! —dijo Gaunt.

—¡Cuando llegamos al puente, señor! —dijo Caffran—. Entonces lo entenderá todo.



VEINTIDOS

Dejaron la seguridad del zulo, y comenzaron a buscar el camino hacia el puente. El río era una cosa muerta, llena de cadáveres. Las ruinas de las plataformas del Pacto Sangriento humeaban en la bruma de la noche. Gaunt podía escuchar los tambores de los Hijos de Sek, sonando como un latido irregular.

Caffran estaba delante, barriendo con su rifle buscando amenazas. El muchacho era bueno, un explorador potencial. Gaunt trató de recordar por qué no había ascendido a Caffran en la unidad de Mkoll. Fue un descuido claro. Gaunt debía haber tenido una buena razón para no ascender al joven.

Corbec y Feygor flanqueaban a Gaunt. Con las armas lista. Corbec estaba tarareando una antigua canción Tanith. El sonido de la misma hizo que Gaunt se sintiese mucho más cómodo. Igual que en los viejos tiempos. Gaunt se preguntó. ¿Dónde había estado Corbec, en los últimos combates?

Gaunt estaba recordando que Beltayn. Le había dicho algo sobre Corbec. Que no podía recordar sobre qué era.

Feygor estaba tranquilo. Todo lo que dijo sonaba petulante y sarcástico, gracias a su laringe artificial. Sus comentarios los mantuvo para sí mismo.

Bragg cerraba la marcha, donde empuñaba sus cañones gemelos.

—Igual que en los viejos tiempos, ¿eh? —dijo.

—¡Silencio! —gruñó Corbec.

—¡Si, como en los viejos tiempos! —dijo Bragg.

Caffran levantó una mano para detener la marcha.

Se detuvieron.

Gaunt desenfundó su pistola y su espada. Habría querido tener el rifle de francotirador de Nessa, pero Corbec le dijo que Nessa podía regresar y que debía dejarlo.

—¿Caff? —susurró Gaunt.

—¡Movimiento! —Caffran señaló al frente.

—¡Genial! —dijo Feygor. Esta vez, su sarcasmo fue intencionado.

El tambor se hacía más fuerte y más rápido, como el corazón de un corredor.

—¿Están cerca, Caff? —preguntó Corbec suavemente, mientras se arrastraba hacia adelante.

—Los Hijos de Sek están entre nosotros y el puente —informó Caffran—. ¡Docenas de ellos!

—¿Observadores? —preguntó Gaunt.

—¿El qué? —preguntó Feygor.

—Las figuras de negro —preguntó Gaunt.

—¡Oh ellas! —dijo Bragg—. No son más que imaginaciones tuyas.

—¿Qué? —preguntó Gaunt.

—¡Silencio! —dijo Corbec—. Comprobad los cargadores.

—¡Si, Señor! —respondieron los tres fantasmas.

—¿Ibram?

Gaunt asintió.

—¡Estoy listo! ¡Quien quiere vivir para siempre!

—Espero que usted —dijo Corbec—. ¡Por un tiempo por los menos!

—Gaunt lo miro.

—¡Tienes que vivir, Ibram! —dijo Corbec—. Solo tienes que aguantar. Eres importante, más importante de lo que te imaginas. Tú y los Fantasmas. La cruzada depende de ti y de los Fantasmas. Ganar o perder, hasta el final.

—No sé sobre que me estás hablando —dijo Gaunt.

—Sé que no —dijo Corbec—, pero lo sabrás.

—Hablas sobre los Fantasmas —dijo Gaunt. Pero vosotros también los sois.

—¡Si, lo éramos! —dijo Bragg—. Realmente lo éramos.

¡Vamos a por ellos, señores! —sugirió Corbec—. ¡A la de tres, uno, dos...!



VEINTITRÉS

Los Hijos de Sek eran los bastardas más duros que Gaunt nunca se había encontrado en un campo de batalla. Dirigiéndose al puente, los cinco Fantasmas se enfrentaron a ellas. La lucha se convirtió en un infierno. Fue emocionante. Regreso la vieja furia.

Fue un choque sangriento, una carnicería. La guerra en su estado más puro, oscura y tenaz.

Los Hijos llegaron por todas partes en el crepúsculo, el tambor era el único sonido que podía escuchar Gaunt. Feygor, Caffran y Corbec, acribillaban a tiros tal como iban viniendo, y Bragg enseguida los despedazaba con sus cañones. Los Hijos de Sek eran tantos que no se molestaba en apuntar. Tuvo que recargar la pistola bólter cuatro veces, y no sabía a cuantos había matado con la espada.

Pensaba que les desbordarían. Pensaba que no iban a sobrevivir, pero eran rápidos y eran buenos y tuvieron el factor sorpresa de su lado, a pesar de la ferocidad increíble de los Hijos de Sek.

Eran Fantasmas. Eran los cinco mejores de los guardias del imperio que había producido.

Se cubrieron el uno al otro, con gran experiencia. Observando los flancos, disparando por turnos, para escalonar la recargas. En cualquier punto de su formación, al menos tres de ellos podían disparar a través de los Hijos de Sek, que eran la fuerza de elite, que más ferozmente habían combatido. Eran inmortales. Eran dioses del a guerra.

Pero al final alcanzaron el puente.



VEINTICUATRO

—¡Ya puede ir, señor! —dijo Corbec.

—¡Adelante todos! —ordenó Gaunt. Se volvió a mirar a los cuatro fantasmas. Estaban quietos, con las armas a punto, en un semicírculo detrás de él, delante del puente.

—No es así como funciona —dijo Feygor.

—No podemos cruzar el puente —dijo Caffran.

—¡Tú tienes que cruzarlo, Ibram! —dijo Bragg.

—¡No voy a dejaros aquí! —dijo Gaunt.

—¡Es lo que hay! —dijo Corbec. Tienes que cruzar el puente a solas. Nosotros tenemos que quedarnos a este lado. No nos hagas que deseemos no haber realizado este esfuerzo. ¡Cruza el feth del puente!

Pero...

—¡Crúcelo! —gruño Bragg.

—¡Nos reuniremos pronto, señor! —dijo Caffran.

—¡A menos que quiera vivir para siempre! —dijo Feygor.

Gaunt se giro y miro al puente. Era un inmensa mole vacía de hierro, y no podía ver la otra orilla del puente.

—¡No sé! —dijo Gaunt—. Estoy cansado. Me duelen los ojos. No sé si podre hacer todo el camino.

—¡Tienes que hacerlo! —dijo Caffran—. Te están esperando al otro lado.

—Estoy tan cansado, Caff —dijo Gaunt—. ¿No puedo quedarme con vosotros?

—¡Quedarte con nosotros! —gruño Corbec.

—No creo que pueda hacer todo el camino —dijo Gaunt.

—No podemos acompañarlos —dijo Corbec—. No podemos llevarle. Alguien ira a ayudarle.

—¿Colm? —dijo Gaunt hundido.

—¡Nos veremos en otra vida! ¡Todo irá bien! —dijo Corbec.

Gaunt estaba solo.



VEINTICINCO

—¡Levántate! —dijo Rawne.

Gaunt miro hacia arriba.

—¿Eli?

—¡Levántate, feth. Levántate!

—¿Eli?

Rawne estaba encima de él, mirándolo.

—¡No te atrevas a hacernos esto! Gaunt. Si alguien tiene que matarte, tengo que ser yo. No te atreverás hacerlo.

—¡No me gusta tu tono! —Mayor Rawne.

—Oh, me muerde —dijo Rawne—. ¡Vamos bastardo! ¡Tienes que volver con nosotros!

—¡Nosotros! —murmuró Gaunt.

—¡Seyadhe true, soule! —dijo Eszrah. Eszrah y Rawne había recogido a Gaunt, y comenzaron a caminar a través del puente.

—¡Hasta donde, vamos! —murmuró Gaunt—. Los Hijos de Sek... ¿están detrás de nosotros?

—¡Los Hijos de Sek pueden irse a la feth! —dijo Rawne—. ¡Tú te Vienes a casa con nosotros! Por el trono, pesas una tonelada. ¡Intenta usar las piernas!

—Lo intento, Rawne. Mis ojos me duelen mucho.

—¡Perdiste los ojos en los páramos de Jago! —dijo Rawne—. Los torturadores del Pacto Sangriento prácticamente te hicieron pedazos. Curth y Dorden lucharon para juntar los pedazos. Obtendrás nuevos ojos artificiales. Obtendrás injertos. ¡Solo tienes que seguir caminando!

—¿Jago? —Gaunt susurro. Comenzó a recordar.

Esto es un feth. Hemos venido. Te hemos rescatado. No te atrevas a morirte.

—Lo intentare —dijo Gaunt, sintiéndose a si mismo como era arrastrado por Rawne y el Nihtgane—. ¡Recuerdo la Estrella de Hierro!

—¿El qué? —preguntó Rawne.

—La Estrella de Hierro —respondió Gaunt—. ¡Un hierro de marcar, con el me quemaron y me quitaron los ojos! ¡Por el trono!

—Quédate conmigo, Ibram ¡Ya casi estamos!

—*Histye, soule* —susurró el Nihtgane.



VEINTISÉIS

Las figuras de negro estaban esperando al otro lado del puente.

—¡Ven con nosotros! —dijo una.

—¡No! —respondió Rawne, luchando por mantener a Gaunt vertical—. ¡Fetch pesa mucho!

—¡Se ha ido demasiado lejos! —dijo el líder de las figuras negras—. ¡El pobre muchacho! Ha visto demasiado. Dejadlo dormir ahora. Dejadlo descansar. Nosotros nos encargamos de él. No prolonguéis su agonía. No le obliguéis a regresar a un mundo que odia.

—¡Salid de nuestro camino! —dijo Rawne.

—¡Ibram este es tu final! Sería una bendición —dijo el líder de las figuras negras—. Vamos a cuidar de él, Eli. Confíe en nosotros. Nosotros somos los enfermeros de la oscuridad, es lo que hacemos.

Bajo su capucha... Era Zweil. Alrededor de él, los otros sacerdotes ayatani se bajaron las capuchas.

—¡Vamos, Ibram! —dijo Zweil—. No has hecho suficiente. Debes descansar, dejadnos cantar tu muerte. Ungir tu cuerpo para que puedas llegar al descanso final, te lo mereces, te lo mereces. Tu guerra se acaba.

Gaunt se desplomo entre Eszrah y Rawne. Gaunt lentamente miro hacia arriba.

—Zweil —dijo, goteando sangre de las cuencas de sus ojos vaciados—, te agradezco tu compasión, realmente es muy tentadora, es muy... muy... tentadora. Pero creo que todavía no estoy a punto.

—¡Solo intento ayudar! —suspiró Zweil.

—Entonces no me ayudes, Zweil —dijo Gaunt—. ¡Ayúdame a vivir!



VEINTISIETE

Los sacerdotes ayatani, se llevaron el cuerpo de Gaunt del puente hacia el otro lado del río. Mojados con la sangre de Gaunt, Rawne y Eznra los siguieron.

—¡He conseguido pulso! —dijo Curth llorando.

—¡Débil pero solido! —dijo Dorden.

—¡Diez unidades de sangre! —ordenó Curth.

—¿Vivirá? —preguntó Rawne, tirando su máscara quirúrgica.

—¡Habéis estado todo el rato esperando aquí! —preguntó Curth—, todos los Fantasmas. Han intentado tranquilizarlo y mantenerlo estable. Si, Rawne, a pesar de todo, creo que vivirá.

—Merece la paz de la muerte —dijo Zweil, sentado al final de la cama—. Todavía puedo darle la extremaunción.

—¡Creo que no era necesaria! Padre —dijo Dorden.

—¡Colm...! —murmuraba Gaunt agitado...

—Tiene visiones otra vez —dijo Rawne.



VEINTIOCHO

De: *Curth, funcionario de medicae, Tanith Primero*

Para: *Comandante interino, Elikon hq, Jago.*

Me complace poder informarle, señor comandante, que el Comisario Coronel Ibram Gaunt ha despertado de su coma. Las lesiones que el Comisario Coronel que sufrió a manos de los torturadores del Pacto Sangriento son muy graves (por favor, vean mi solicitud para implante oculares). Sufrió tres fallos cardiacos, sobre la mesa, y la pérdida de sus ojos es una terrible mutilación, el injerto de piel continuará durante meses.

Sin embargo, me complace informarle que Ibram Gaunt está vivo.

Su sierva,

**Ana Curth (*medicae*)**

—¿Estamos todavía en... en Jago? —le había preguntado a su ayudante esta mañana mientras le afeitaba.

Su ayudante, Beltayn, se sorprendió por la pregunta.

—¿Jago? Si creo que es así, señor —respondió.

Los nombres ya no eran importantes, los nombres de ciudades o continentes o mundos. Cada uno era un nuevo lugar para entrar, y luego salir de nuevo. Una vez el trabajo estaba terminado. Había dejado de preocuparse por los nombres. Solo se concentraba en su trabajo. Leal pero cansado, cansado pero leal.

A veces, estaba tan cansado que olvidaba incluso su propio nombre.

Dejo su vieja navaja en el cuenco mellado, se lavó de espuma y restos de la barba, y se miro en el espejo de afeitar agrietado. Aunque no reconoció sus ojos, reconoció el resto de formas.

Ibram Gaunt. Eso era todo. Ibram Gaunt.

Por supuesto que lo era.